

y la isla, tomando su embarcacion que le esperaba para conducirle á otras indias, y se olvidó del suceso. Por alta disposicion, volviendo el año siguiente á la Persia, la bravura del mar y la inconstancia de los vientos le destrozaron la nave, deparándole su buena suerte una tabla, en que salió medio vivo á la referida isla, y al propio terreno en que le habia acontecido el raro suceso en el año antecedente. Pero como en los apuros se olvidan hasta las maravillas, mal acordado de ésta, y de todos sus cuidados, viéndose solo y pobre, con todo el caudal perdido en aquel lance (pues no es nuevo, que el mar en una hora se sorba las ganancias de toda una vida); quedó todo absorto en sus trabajos, que tambien tienen sus éxtasis los trabajos: despertóle de éste el estruendo pavoroso de un grande estallido que salió de entre las peñas. Oyó cerca de sí un rumor, como de algun cuerpo grave que habia caido: miró y vió que le habian arrojado una piña de cristal en bruto, que entreabierta manifestaba un sin número de finísimos zafiros, tan hermosos y rutilantes, que mas parecian porciones de cielo que partos de la tierra.

Levantólos alborozado y gozoso, y reconociendo el sitio en que se hallaba, corrió á las peñas en busca de la madre de aquel precioso fruto, que luego entendió ser arrojado de la convertida Zaira; y halló la boca por donde los despidió. Viendo pues que á aquella peña sin alma, ó á aquella alma de peña, debia el pasar en un punto de pobre á rico, de desamparado á socorrido, de mendigo á señor (pues no le prometia nada ménos el tesoro) arrodillándose lloroso y compasivo, pidió á los dioses, volviesen á su ser antiguo á aquella Dama; pues ya merecia ser muger, la que siendo peña, se habia manifestado ser agradecida. Propicios entonces los dioses, enviaron sus pedales en una blanda lluvia, que dando en la peña, la hizo estremecer; y pasando luego de concha á perla, de tronco á flor, de peña á muger; apareció ésta en su lugar tan hermosa, que padeció el Mercader en el suceso dos admiraciones. Refrióla luego todo lo que le habia pasado: é intimóla tambien la sentencia de los dioses, (cuyo decreto era inalterable) que la mandaban precisamente

